

Seix Barral Biblioteca Breve



Fietta Jarque

Donde Dennis Hopper
perdió el poncho



Donde Dennis Hopper
perdió el poncho



Seix Barral Biblioteca Breve

Fietta Jarque

Donde Dennis Hopper
perdió el poncho

Crónica del rodaje de *The Last Movie*
en Chinchero, Cusco, 1970

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Donde Dennis Hooper perdió el poncho

© 2020, Fietta Jarque

Editora: Anahí Barrionuevo

Corrección de estilo: Elizabeht Bautista

Diseño de portada e interiores: Giancarlo Salinas Naiza

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello Editorial Seix Barral

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar.

Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: marzo 2020

Tiraje: 700 ejemplares

ISBN: 978-612-4379-39-0

Registro de Proyecto Editorial: 31501202000194

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N° 2020-03120

Impreso en Cecosami S.A.

Calle 3 Mz. E Lote 11 - Urb Santa Raquel, Ate Vitarte.

Lima 3 - Perú

www.cecossami.com

Lima - Perú, abril 2020

Índice

Introducción.....	11
Chincheró, el pueblo elegido	19
Soroche, cocaína y LSD	35
Una de incas y <i>cowboys</i>	45
¡Acción!, se improvisa.....	53
Dólares y baúles de soles	69
La torre y la Virgen.....	75
El sacerdote y su doble.....	81
Vigilantes vigilados	93
Un mundo por 40 huevos.....	99
Caos en Taos	115
La debacle.....	129
Desmontando escenas deconstruidas.....	139
Un empeño quijotesco.....	149
El sorprendente trasfondo gnóstico.....	155
Mujeres, agresiones y dos estúpidos buscadores de oro.....	165
El teatro del progreso	175
Agradecimientos.....	191
Referencias	197

Introducción

He trabajado en periodismo cultural por más de tres décadas. Durante muchos años esperé con ansias la oportunidad de entrevistar a Dennis Hopper para hacerle una pregunta. En realidad, para sacarle en cara un terrible atropello cometido en 1970: destruir una antigua torre de la época de los incas, construida con barro, sangre y pelo de sus enemigos, durante el rodaje en Chinchero, Cusco, de *The Last Movie*.

A principios de 1971 era la película más esperada del año, nada hacía prever la suerte que correría. Desde el año anterior, no bien empezado el rodaje, venían apareciendo reportajes en las principales publicaciones estadounidenses —*Life*, *Esquire*, *Look*, *The Rolling Stone*—, acrecentando las expectativas ante la que se avizoraba como la obra magna del director-gurú de *Easy Rider*. Sin embargo, dos semanas después de su estreno, realizado el 29 de septiembre, la película fue vetada por su propia productora, que impidió su distribución y exhibición en todo el mundo. Por esa razón, muy poca gente la ha visto en todo este tiempo. Todo ello fue aglutinando una masa enorme y fértil para la leyenda. Y de eso ha habido

mucho. Una película a la que se le aplicó el eslogan de la época —“Sexo, drogas y rocanrol”— tras las noticias que llegaban de un rodaje en el que, se decía, se esnifaba kilos de cocaína con cucharitas de plata, se festejaban orgías desenfrenadas en la plaza de un pueblo perdido de los Andes, a la vista de unos pobladores alucinados, desacostumbrados por completo a ver gente desnuda, y menos en esas prácticas, ¡y que ni siquiera habían visto una película en su vida! En torno a *The Last Movie* se han contado falsedades, exageraciones, verdades y desmentidos, contradicciones y medias verdades. Todo ha contribuido aún más al mito de esta película de culto, hecha por un actor perseguido siempre por una leyenda tan siniestra como brillante y atractiva.

Dennis Hopper amaba el cine, el cine libre de ataduras, de las codicias propias del negocio en Hollywood, y que surgía o había surgido en otras latitudes de la mano de directores como Jean-Luc Godard, Luis Buñuel o Federico Fellini. Dennis había nacido en un pueblecito de Kansas y, al descubrir tempranamente su vocación de actor, trabajó encarnando a una serie de personajes secundarios en películas hollywoodenses —desde *westerns* con John Wayne hasta grandes títulos, como *Rebelde sin causa* (*Rebel Without a Cause*) y *Gigante* (*Giant*), al lado de James Dean, Elizabeth Taylor, Natalie Wood o Rock Hudson—, y con ellas se fue acentuando el lado más salvaje de su naturaleza indomable.

En 1969 quiso aprovechar la potencia que le dio *Easy Rider* —de la que fue guionista, director y actor— y la grieta que se abrió en Hollywood ante el éxito de esa película independiente que representó la fuerza arrasadora de la contracultura *hippie*, para tratar de bombardear al sistema desde dentro. El sistema (el *establishment*), en

los años sesenta y principios de los setenta del siglo XX, era el que la posguerra había alimentado con el auge capitalista. El sistema mandaba a sus jóvenes a morir en la guerra de Vietnam. El sistema eran los todopoderosos señores de la industria, que dictaban implacablemente la superioridad de los criterios del mercado, por encima de los “ilusamente” artísticos o sociales. El sistema era el monstruo.

Dennis Hopper tituló su proyecto-bomba *The Last Movie* porque se proponía que representara un antes y un después en la historia del cine. Ambición no le faltaba. Y el guion quería ser a la vez simple y complejo, pero sobre todo una metáfora. En resumen, la película trata de un equipo de Hollywood que llega a filmar un *western* a un pequeño pueblo en los Andes peruanos. Ante la mirada atónita de hombres y mujeres que no tienen la menor idea de qué es una película, y menos aún de cómo se rueda una, los foráneos construyen ahí mismo el decorado de un pueblo típico del Oeste norteamericano y desarrollan toda la ficción de muertes y tiroteos. Al terminar el rodaje se van, pero se queda en el pueblo uno de ellos. Y entonces los del pueblo deciden hacer su propia filmación utilizando los decorados que han quedado ahí y remedos de cámaras hechos con cañas. Solo que, para ellos, la ficción de las muertes no se entiende sin la realidad, sin el sacrificio. Cuando Dennis Hopper sintetizaba el tema de la película decía “Es sobre la pérdida de la inocencia, la corrupción que lleva esta industria adonde va”.

Este David quiso enfrentarse a Goliat. Y perdió. Fue víctima de uno de los castigos con más saña desde Hollywood. A los estudios Universal no les gustó nada la película que les entregó Hopper, que, por contrato, tenía

el derecho del corte final¹ y se negó a cambiar nada de ella. La crítica de Nueva York la destrozó, y el público que abarrotó sus primeras proyecciones quedó desconcertado con esta película, que exigía demasiado del espectador por su narrativa deliberadamente desordenada. Cine de autor a la europea. Los productores vieron que era demasiado arriesgada, vanguardista, y que no iba a resultar un gran negocio como sí había sucedido con *Easy Rider*: bajo presupuesto, alta rentabilidad. Por eso la secuestraron y la condenaron al olvido durante más de cuarenta años. De paso contribuyeron a que se vetara a Dennis Hopper para trabajar en la meca del cine durante una década. Pero ahora, casi cincuenta años más tarde, con Dennis muerto en 2010, vemos que la gesta no había terminado. Aún está por escribirse la última palabra de esta batalla desigual. A fines de 2018 se lanzó a la venta una versión restaurada de *The Last Movie* y, de pronto, cinéfilos de todo el mundo empezaron a expresar su admiración, o al menos su intriga, ante este extraño film experimental.

The Last Movie fue, en realidad, la primera película que Dennis Hopper quiso hacer. Y la frustración que para él significó perder el control sobre ella se convirtió, pese a su posterior éxito como actor, en la espina que hirió su corazón hasta su muerte. Su gran proyecto, hasta sus últimos días, fue recuperar los derechos sobre ella —lo consiguió en 2000— y hacer una gira mundial —*The Dennis Hopper Experience* quería llamarla— para recorrer el mundo exhibiéndola y discutiendo con el público sobre su propuesta. *The Last Movie* fue su “Rosebud”, el talismán secreto de *Ciudadano Kane*. Esa es la historia que vamos a contar.

¹ El que da al director el derecho a la edición final de la película, sin acceder a intromisiones o exigencias de los productores u otros agentes.

Y lo digo en plural porque esta crónica ha sido reconstruida a partir de piezas, de testimonios —en diarios, revistas, libros, documentales, videos de YouTube, tesis académicas— que se han ido soltando, fragmentados y dispersos, a lo largo de los años. Unificar en una sola narración la enloquecida, a veces brillante, a veces patética, gesta de una película y su hacedor, su víctima y también su héroe, y para algunos incluso su megalómano saboteador, es lo que pretendo. No solo hago un compendio de declaraciones que van contando retazos de la historia, sino que también he entrevistado a personas que vivieron o participaron en ese proyecto cinematográfico.

He mantenido a lo largo del texto el título original en inglés de la película porque dentro de ella misma se desarrolla en paralelo su secuela, que la gente del pueblo titula *La última película*. Este film, mitificado incluso por sus detractores, ha generado otras películas de autor. Hasta el momento existen al menos cinco documentales sobre el rodaje y la producción de *The Last Movie*, realizados tanto mientras se terminaba de hacer la película como en los años más recientes. Alguno de ellos lleva también ese título en español, y dejo por eso el original para referirme a la rodada en 1970, para evitar confusiones. *The Last Movie* se mencionará con este título, además, porque el lenguaje del cine que pretendió demoler es parte del mensaje. Dennis Hopper estuvo siempre convencido de que *The Last Movie* era una obra de arte y su pasmo ante la muralla de incompreensión contra la que chocó lo llevó a afirmar, no sin despecho, que lo que pasaba era que se había adelantado a su tiempo. “Esta película se comprenderá por fin en el próximo siglo”, decía a menudo. Murió sin ver cumplido su presagio. Ahora, con la película accesible en todo el mundo, empiezan a surgir voces que reivindican sus diversos valores.

Uno de ellos es, sin duda, el ser un testimonio visual de la época, ahora que se construye un aeropuerto en los campos del altiplano de Chinchero. En este largometraje se puede apreciar la magnificencia virginal de los paisajes que se van a mancillar con esa plataforma para el turismo masivo. Solo de pensarlo sobrecoge el alma. *The Last Movie* se revuelca en sus propias contradicciones. Es una crítica a la aplanadora de la “civilización” que llega, deja su basura y se larga, contaminando el territorio y la vida de las personas. Pero quizá es la propia película, al rodarse ahí, la que inició un nuevo ciclo definitivo que los lleva a su degradación. ¿Hay que preservar la cápsula de la pobreza y el aislamiento, esa “inocencia” autosuficiente y pacífica, como precio para mantener sus tradiciones? ¿Se debe procurar nuevas oportunidades de desarrollo para las nuevas generaciones? Son muchas las preguntas que se generan.

Lo que me ha impulsado a escribir este libro es revisar las causas y consecuencias que tuvieron esas ocho semanas de principios de 1970 en este pequeño pueblo andino. Separar mentiras y verdades, o al menos dar explicaciones. Darles voz también a los peruanos que participaron en el rodaje y revisar el relato sobre lo ocurrido desde los distintos puntos de vista. Por supuesto, esto tiene un lado divertido y desquiciado, que es, al fin y al cabo, lo propio de ese periodo de libertad sin medida protagonizado por una generación que practicaba el amor libre —con el uso popularizado de los anticonceptivos y antes de la amenaza del sida, recordemos— y que quería cambiar el mundo a partir de consignas como “Amor y paz”. Ya sabemos lo que pasó después.

Las historias de ascensos y caídas siempre resultan atractivas. Sobre todo vistas desde fuera. Empecemos a

revisar esta, metámonos en las botas o en las ojotas de quienes la vivieron. Hay que llegar caminando hasta Chinchero, el lugar más remoto del mundo. Como dice una antigua expresión popular peruana, “Un lugar donde el diablo perdió el poncho”.

Chincheró, el pueblo elegido

El 22 de noviembre de 1969 se estrenó *Easy Rider* en Lima, en el cine San Isidro, bajo el título de *Busco mi destino*. Se había estrenado apenas cuatro meses antes en Estados Unidos —el 14 de julio—, y Dennis Hopper —director, coguionista y actor de ese film— estuvo presente en el estreno peruano. Ese honor se debía a que ya estaba preparando su siguiente proyecto, una película que empezaría a rodarse pocos meses después en un pequeño pueblo cercano al Cusco llamado Chincheró.

Easy Rider fue un taquillazo histórico y un hecho social revulsivo. En solo unos meses se convirtió en la expresión del sentir de una generación que hasta entonces no había tenido una auténtica voz e imagen en el mundo del cine: la generación *hippie*. Logró en sus tres primeros meses cerca de 20 millones de dólares² en taquilla, con un presupuesto irrisorio de solo 360 mil dólares, lo cual asombró a los magnates de un Hollywood desorientado

² Según el calculador de inflación CPI, 360 mil dólares en 1969 serían equivalentes a 2,5 millones de dólares en 2020, y 20 millones de dólares de ese año equivaldrían a unos 140 millones en la actualidad.

y en declive. Ese mismo año, la superproducción *Hello, Dolly!*, que había costado 25 millones, tuvo dificultades para cubrir gastos. A los grandes estudios de California se les afiló el colmillo. Por eso no tardaron en ofrecerle a Hopper, a pesar de la fama de conflictivo que arrastraba, un máximo de un millón de dólares para producir una nueva película. Él aceptó de inmediato porque ya la tenía escrita aun antes de emprender *Easy Rider*. Se llamaría *The Last Movie* y, para sus adentros, era un misil dirigido al centro mismo del *establishment* hollywoodense.

Porque la filosofía *hippie* no iba en busca del éxito comercial, sino, justamente, hacia el camino opuesto. Absolutamente contestataria, todo lo que oliera a valores convencionales y conservadores le repelía. *Easy Rider* fue polémica desde un principio, entre otras cosas, porque exponía abiertamente el uso de drogas, lo que incluso creó un dilema para su estreno en Francia, pese a haber ganado en mayo de ese año el premio a la mejor ópera prima en el Festival de Cannes, pues en ese país estaban prohibidas las películas en las que se mostrara el consumo de estupefacientes.

Si eso era en Francia, en el Perú, bastante más conservador y con una dictadura militar en el gobierno, impactaron mucho más las declaraciones de Dennis Hopper a la prensa local que lo entrevistó con motivo del estreno. El productor de la película, Paul Lewis, recordaba así el asunto en el documental *Scene Missing*, de 2012, dirigido por Alex Cox: “Cuando estuvimos en Lima fue el estreno en el Perú de *Easy Rider*. Fuimos invitados, por supuesto, y Dennis dijo unas palabras. Después hubo preguntas y alguien le dijo ‘¿Fuma usted marihuana?’. Y él contestó ‘Sí, fumo marihuana y el hecho de que esté en el Perú no me va a impedir seguir haciéndolo’. Al día siguiente

vimos publicado en *El Comercio* ‘Los periódicos deben ser censurados porque publican lo que gente como esta dice’. Eso nos pareció genial”.



Aviso del estreno de *Easy Rider* en Lima

Hopper se extendió algo más en una entrevista para *La Prensa*, en su suplemento *7 Días del Perú y el Mundo*. Sobre su consumo de marihuana declaró “Fumo marihuana desde hace diecisiete años. La marihuana no crea hábito como el cigarrillo. No fumo desde anoche, puedes pasarte años sin fumar, aunque yo preferiría no hacerlo. Te ayuda a la introspección, pero también te puede volver